

Geografía del terrorismo en Colombia: Una visión retrospectiva

Geography of terrorism in Colombia: A retrospective vision

TANIA GABRIELA RODRÍGUEZ MORALES
Universidad Santo Tomás, Bogotá, Colombia
taniarodriguez.rodriguez@gmail.com

Abstract

The terrorist violence in Colombia was preceded by political violence between Liberals and Conservatives, although we can not argue that the second is responsible for the appearance of the first, however, the accommodation of forces at the beginning of the Cold War took epicenter Latin America and thereby to Colombia. The regions of the country were suddenly pregnant by guerrilla groups praised by the USSR and blood filled the Colombian countryside. Colombian regions saw the birth of the new form of violence that would end up mutating into terrorism. Tolima Colombia-center platform would be the territorial conflict that began engulfing areas and finish an entire country. Only after 2002 it would begin to see the decline of modern terrorism.

Keywords: Violence, terrorism, politics and Colombia.

Resumen

La violencia terrorista en Colombia fue antecedida de la violencia política entre Liberales y Conservadores, aunque no podemos argüir que la segunda sea responsable de la aparición de la primera, sin embargo, el acomodamiento de fuerzas al inicio de la Guerra Fría tomó como epicentro a América Latina y con ello a Colombia. Las regiones del país se vieron preñadas de repente por grupos guerrilleros ensalzados por la URSS y que llenaron de sangre el campo colombiano. Las regiones colombianas vieron nacer la nueva forma de violencia que terminaría mutando en terrorismo. El departamento del Tolima-centro de Colombia- sería la plataforma territorial de un conflicto que empezó por zonas y terminó engullendo todo un país. Solo a partir de 2002 se empezaría a ver la disminución del moderno terrorismo.

Palabras clave: Violencia, terrorismo, política y Colombia.

1. Introducción

Hacia 1946 Colombia vivió un clima político exacerbado que recorría el país en sus zonas urbanas y rurales. Particularmente en las zonas rurales se vivía un clima de tensión, angustia y decepción; era el caos, la penumbra social sin esperanza de cambio fue entonces el caldo de cultivo que trajo el caos global a Colombia. Entrada la Guerra Fría esta sirvió en América Latina para alentar a aquellos que se sentían respaldados por la idea utópica del Comunismo y que dentro del país esperanzó a muchos en el ideario de un supuesto

futuro irreverente que recorría otras regiones del mundo (Howard y Sawyer, 2003) o para el caso de Colombia (Jiménez y González, 2012 y 2013).

La presión interna y el cambio de gobierno sembraron en Colombia un clima de presión sobre el futuro del gobierno y el campo de acción que este tenía al interior del país.

«Caldeada la pasión multitudinaria por fogosas campañas políticas en que la emoción predominaba sobre la sensatez, necesariamente se desemboca en situaciones de violencia, porque llega un momento en que el odio, el fanatismo, la intransigencia, la ambición de dominio, la perspectiva de cierta fácil holgura económica, el paroxismo, se convierten en canales de la dinámica de masas. Las empresas montadas sobre consignas de odio al enemigo y muerte al contendor implican, de hecho, la hecatombe en nuestro ambiente» (Guzmán, 2005: 53).

En un periodo de caos donde se busca derrocar al gobierno, imponer otros rumbos, del lado político y del lado social, las tensiones no ceden y se buscaban intensamente en ambos lados de la trinchera soluciones inmediatas. Sin embargo, en las regiones crecía el descontento y finalmente llegó el motivo por el cual el país estallaría inevitablemente; el 9 de abril de 1948 todas las presiones reprimidas salieron a la luz causando el momento histórico que ha sido denominado como el más funesto de la historia moderna de Colombia. El Bogotazo, el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán se convirtió en el estallido de un caldo de cultivo que ya venía retenido por años y que finalmente encontró un motivo para explotar. Ese momento histórico fue utilizado para justificar desavenencias, muerte, desenfreno y violencia social.

Los ánimos exacerbados en todo el mundo contra aquellos gobiernos no comunistas tuvieron eco en Colombia, el país ya venía en su historia y hasta entonces –como ahora– siendo gobernado por los partidos tradicionales y de lado y lado se daban gobierno elitistas, centralistas y poco cercanos al «pueblo». Grupos de campesinos de corte marxista-leninista vieron en la violencia la única forma de «hacer la revolución», sin embargo, esa revolución en Colombia trajo una dura guerra fratricida que dura hasta nuestros días, y que no permitió la llegada al poder de los revolucionarios, por varios motivos, entre ellos la pretensión de hacerse con el poder por las armas, la cercanía y financiamiento de la URSS, un verbo cada vez más encendido y la convicción de la elite política de no dejarse alejar del poder.

Colombia se aprestó en los cuarenta a un destino que aun hoy no consigue, pero que tampoco resuelve. Una ciudadanía exaltada, violenta, inconforme, furiosa y con sed de venganza por la muerte de Gaitán, que no tenía nada que perder –pues nada tenía– se decidió por la violencia extra-legal para conseguir derrocar no solo al gobierno sino a un sistema que le era ofensivo. Por entonces, los bancos, las sedes gubernamentales en las regiones, las sedes de periódicos, grandes almacenes y las cárceles del país fueron el blanco de destrucción, y con ello la libertad de muchos «facinerosos» –así les llamaba el gobierno– entre ellos en el Tolima a uno en particular, autodenominado «Tirofijo». Si bien decía

que representaba a los campesinos, incluso personas prestantes escucharon el discurso encendido del entonces guerrillero y hasta le respaldaron en principio.

Zonas como El Huila, Tolima, Caldas o parte de Cundinamarca sucumbieron a la violencia como mecanismo de modificar el gobierno central, protestar por las inconformidades en el sector rural, el centralismo y el olvido estatal, a todo esto, se sumó la violencia ideológica que aún continuaba entre los partidos tradicionales que llegó a perturbar incluso instituciones como la Policía, quien era la responsable de imponer el orden, se vio filtrada por los hechos violentos que ocurrían a su alrededor. En un ambiente sobrecargado, sobre todo en las zonas rurales Colombia seguía su rumbo hacia una violencia que se antojaba interminable; una consigna recorría las ciudades y pueblos del interior del país, «hay que hostilizar a la policía por todos los medios», pero a todo esto el gobierno central era sordo, se pensó que lo más importante es que las revueltas no volvieran a Bogotá.

Por entonces, el conflicto en Colombia no era entre Fuerza Pública y «facinerosos», era entre la clase dirigente de los partidos tradicionales, enfebrecidos por la disputa por el poder. Este conflicto que podríamos llamar político desencadenó una ola de violencia que aún no para en el país. Finalmente, el país estalló, la violencia se desató, la lucha entre partidos políticos arrastró a la población civil a intervenir en los hechos de violencia que, de haber entonces un contexto que se ubicara –como ahora- en actos de terror se habría hablado entonces de terrorismo, no quiere decir esto que los hechos que conocemos no se puedan determinar como tal, sin embargo, entonces se habló de violencia, aunque sin duda era el inicio del terrorismo que décadas después empezó a vivir Colombia (Henderson, 1984).

Lo que se conoció como «lucha campesina» se desbordó y ni entonces ni después hubo gobierno alguno que lograra detener la violencia convertida en terrorismo, muy por el contrario, la geografía colombiana fue sucumbiendo a los nuevos grupos violentos, que poco a poco desplazaron la violencia entre partidos políticos para erigirse como dueños absolutos de la violencia en Colombia. Los grupos guerrilleros de entonces desplazaron al Estado en el uso de la violencia legítima que a este le correspondió entonces y le corresponde hoy.

2. Antecedentes de la Violencia Terrorista

Para introducirnos en este acápite, es conveniente definir el concepto de violencia dado que dentro del artículo este es un tema central, para ello tomamos la decisión de la Organización Mundial de la Salud (OMS, 2016) «La violencia es el uso intencional de la fuerza física, amenazas contra uno mismo, otra persona, un grupo o una comunidad que tiene como consecuencia o es muy probable que tenga como consecuencia un traumatismo, daños psicológicos, problemas de desarrollo o la muerte». Igualmente es pertinente la definición de la Real Academia Española. Diccionario (2016), que define violencia de la siguiente manera: «1. f. Cualidad de violento. 2. f. Acción y efecto de violentar o

violentarse. 3. f. Acción violenta o contra el natural modo de proceder. 4. f. Acción de violar a una persona.»

Ambas, en todo caso definen la violencia como un acto perjudicial y dañino al ser humano, que en todo caso causa efectos negativos no solo en su cuerpo, sino que puede ir mas allá y afectar la psique de la persona, hablar de este fenómeno es enfrentarse directamente a la degradación de la sociedad en general, del hecho que existen seres humanos con la convicción expresa de causar un daño determinado, planeado y que puede pasar de ser esporádico a ser sistemático, en tanto que puede materializarse en una persona como en un grupo de ellas, en parte de la sociedad o en el todo. La violencia puede llegar a ser el reflejo de las fallas socioculturales dentro de una sociedad, de la debilidad del gobierno para acentuar el Estado en todo el territorio, incluso puede reflejar el tipo de sociedad dentro de la que se vive o la que se gobierna.

Este fenómeno, que puede llegar a ser tratado como un problema de salud pública, o como un problema de seguridad u orden público, es en todo caso, y como veremos a continuación una conducta que generalmente es el paso previo al terrorismo, aunque no en todas las sociedades y no en todas las ocasiones, sin embargo, en el caso colombiano determinó la fase previa al terrorismo. Como señala Jiménez Bautista,

«Sin duda, la violencia es uno de los aspectos de nuestra vida que más nos preocupa, si no existiera probablemente ni siquiera hablaríamos de paz. Podríamos decir que la violencia es vivida como la ruptura de un «orden establecido», de una armonía preexistente, de unas condiciones de vida en las que se realizan las expectativas de existencia de la especie humana» [...] «Esta última tendencia depredadora -en la que se supeditan las «necesidades de los seres humanos» de todo el entorno- ha llegado a alcanzar a la propia especie (matanzas, explotaciones, contaminación, colonialismo e imperialismo o discriminación de género, entre otros), de tal manera que poblaciones enteras sufren por las decisiones de sus congéneres e, incluso, podría existir peligro de supervivencia para el conjunto de la misma (terrorismo, guerra nuclear, etcétera). Kart Popper planteaba que la cuestión fundamental de cualquier organización democrática es cómo organizar las instituciones políticas de forma que los malos y los incompetentes gobernantes no puedan provocar en ellas daños excesivos e irreparables» (Jiménez, 2012: 13-52).

Los colombianos tienen una particular semántica para describir lo que en los años cincuenta ocurrió en el país, *la violencia*, así lo denominan. Un término que a fin de cuentas no describe nada sobre el fondo de lo que en el país ocurrió y que terminó evolucionando al terrorismo que hoy se conoce y que en la década del noventa por poco se toma el poder en el país -quizá no quisieron entonces- la violencia que según algunos inició en los años treinta y que se recrudeció según los mismo con el *Bogotazo* en 1948 fue de tal confusión y anarquía que aun los denominados *culpables* de la misma no se ponen de acuerdo en qué o por qué inició y se desarrolló (Bushnell, 1994; Jiménez y González, 2013).

Se conoce como la violencia perpetrada por los partidos políticos que entonces eran tradicionales *Liberal* y *Conservador* por lo que se deduce que todo aquel anarquismo san-

griente sería a causa del poder. Sin embargo, esa violencia que desangraba ya el país tiene un origen mucho más atrás en el tiempo:

«El 18 de julio de 1861, el partido conservador, su gobierno, sus ejércitos y sus aliados se hundieron en la más lamentable y desoladora derrota. Ese día las hordas de los lanceros caucanos, negros esclavos emancipados por los liberales diez años atrás, irrumpieron al galope por los camellones de Bogotá, a la persecución de los cuadros desbandados de las tropas oficiales, que según el rango se escabullían en los zaguanes de las mansiones elegantes, o se colaban en las embajadas abiertas, o se difuminaban en los barrios pobres, al amparo de chozas humildes. Apenas unos días antes el presidente de la República, don Mariano Ospina Rodríguez y su hermano Pastor, habían abandonado de manera precipitada la capital y habían ido a caer en su desatinada carrera en manos de sus enemigos. Condenados a muerte, solo a última hora pudo evitarse el veredicto final. Era la derrota. Perdidos el gobierno y la nata de los batallones, al conservatismo no le quedaba otro camino que la rendición. Pero como la desgracia acrecienta el coraje de los desbancados, todavía se encontraron fuerzas de la caída. Un año más se combatió con encarnizamiento increíble. ‘La República se tornó en un mar de sangre en que flotaban, chocando con las ruinas, diez mil cadáveres de colombianos’ escribió Camilo Antonio Echeverri comentando el litigio. Mas todo fue en vano» (España, 2003: 13).

Se trataba, pues, de la pérdida del poder por parte de los conservadores a manos de los liberales, que por entonces, según los propios conservadores coqueteaban con ideas radicales, a las que muchos conservadores sucumbieron para después terminar presos de sus incoherentes decisiones y llevando a sus seguidores a la debacle ideológica de desistimientos de sus propias ideas y a un debate interno sobre planteamiento de renovación de pensamiento, ya que las ideas liberales entonces hicieron ver a un partido conservador vencido como quien no sale del oscurantismo y se adapta a los nuevos tiempos. Sin embargo, aquellos conservadores hicieron autocrítica sobre sus propios errores, el más importante, haber adherido a los liberales que posteriormente fueron sus verdugos.

Parecía que los colombianos no encontraban su rumbo después de su independencia y se reflejaba una y otra vez aquel periodo de su historia conocido como «La Patria Boba». Se estaba todavía en la definición de un país centralista o federalista; al tiempo que por Europa sucedían cambios sociales y religiosos, los liberales buscaron implementar algunos de esos cambios en el país, pero si aún el país no se reconocía a sí mismo ¿Cómo se iba a reconocer en otro? Colombia se bañaba en sangre partidista, la violencia no cesaría pronto, muy por el contrario, seguiría a estos acontecimientos la Guerra de los Mil Días. Entre los errores que se les endilgan a los conservadores de la época fue la aprobación con su mayoría en el Congreso de la República de la separación entre Iglesia y Estado, así como la implantación del federalismo.

El Estado central era visto entonces como solapador de la pobreza de las regiones y poco eficiente a la hora de recaudar impuestos, todo lo contrario, ocurría con la provincia, donde la economía era dinámica y la descollante hacía la conversión de las mismas en

polos económicos de poder. Esto lo percibió el presidente Mariano Ospina Rodríguez y por ello era un entusiasta de su implementación, si bien todo lo contrario ocurría con los políticos de su partido, éste no cesó en su empeño por defender la federación. «Yo deseo vivamente la Federación únicamente para ver si es posible facilitar asilo en algunas provincias de la República a las víctimas de la revolución social en el resto. Todas esas locuras del socialismo tienen que verse en forma de leyes en la Nueva Granada, y hasta que eso haya sucedido no espero orden ni juicio, ni cosa parecida. Establecida la Federación, el ensayo podrá hacerse en una parte de la República, y saldrá menos costoso».

Ni los propios conservadores entendían la decisión y menos el discurso decisivo en defensa de la regionalización del país que en ese momento tenía el presidente Ospina Rodríguez, sin embargo, esa defensa encendida tenía que ver con la percepción inequívoca de Ospina de que las ideas liberales que entonces le daban la vuelta al mundo, al final llegarían también a Colombia y lo mejor era intentar buscar que golpearan lo menos posible a los conservadores y sus adeptos. Ello explica por qué el apoyo a la separación entre Iglesia y Estado que se profundizó entonces en Francia, Colombia no sería ajena a ello y lo mejor era aceptarlo y adecuar el país a las nuevas realidades.

La historia de Colombia nos indica que el país nunca ha cerrado del todo bien sus múltiples conflictos que siguieron a la Guerra de Independencia en 1810 —y hasta hoy— se ha creído desde entonces que cerrar un conflicto significa que ya no vendrán otros, y por el contrario, Colombia cierra conflictos e inmediatamente el resultado de ello hace nacer otro, así sucedió entonces. Es «exasperar el mal para hacer brotar la salud» reseñó Ángel Cuervo. Al ser aprobada la Federación las provincias en 1853 las regiones tuvieron el derecho de elegir popularmente a sus gobernadores. Era claro que Mariano Ospina Rodríguez quería igual que sus correligionarios acabar con el contrario. «Es que todos comprendemos que es necesario exterminar al partido contrario a toda costa; eso dice la razón, eso explica la consciencia pública». Así se pronunció en Carta al gobernador de Antioquia en 1860.

Las persecuciones sangrientas no se hicieron esperar, el propio Mariano Ospina Rodríguez cayó en una de ellas camino de Antioquia, cuando «huía» a refugiarse de la hecatombe que él mismo había ocasionado, le falló la táctica, pues en la búsqueda de la salud de la República hizo surgir la revolución social. Se llegó a una «revolución» incluso con un ejército que se hizo llamar «revolucionario», plagado de todos contra uno —el gobierno— se dieron alianzas disímiles, pero en todo caso lo importante era apartar a Mariano Ospina Rodríguez del poder. El ejército regular se atrincheró en Bogotá, mientras en regiones como Cauca, la Costa Atlántica o Santander se erigían ejércitos regionales que entonces decían representar a los «radicales».

Al final con la caída del gobierno conservador muchos de sus jefes renunciaron incluso a un intento de re-construir el partido y prefirieron retirarse a ver lo que ocurriría con el país en manos de los liberales, pero no solo los políticos conservadores perdieron la fuerza, también la iglesia católica perdió con la revolución, una iglesia que ni siquiera había reconocido la independencia de la corona española, pero que sin embargo ejercía poder con la anuencia del gobierno se vio despojada de su riqueza y sus atribuciones como tribunal

civil. Los liberales despojaron de la propiedad raíz al clero, pero lo más humillante para estos fue tener que verse obligados a someterse a las leyes de la República.

«Como fuera, el despojo de las prerrogativas del clero, al que le fue asignada como manutención una renta equivalente al seis por ciento del monto de lo desamortizado, y su sometimiento a las leyes de la República, hirió en la entraña viva al conservatismo, que padeció como propias las ofensas irrogadas a su institutriz. Por décadas, sus escritores sagrados lo lamentarían casi a diario. En la quiebra la casa paterna, su hundimiento significaba la diáspora más vergonzosa a que hubiera asistido la ilustre familia [...] La desamortización y remate de los bienes de manos muertas fue la última de una larga serie de transformaciones que cambiaron la fisonomía del mundo heredado de la Colonia, y que hollaron los valores y las instituciones donde se amparaba lo que hasta entonces encarnaba mérito, o parecía meritorio, al tiempo que legitimaba el sosiego, la autoridad y preferencialmente la hacienda de quienes vegetaban en la sombra» (España, 2003: 27-28).

Los antecedentes de la «violencia» en Colombia no son distintos a los actos y hechos que sucesivamente ha sufrido el país, y si puestos a enumerar cuántos y por cuáles actores han sido llevados a cabo tendríamos una lista amargamente realista de lo que el país no ha podido a día de hoy superar, no es sabio decir que la sociedad colombiana lleva la violencia en su ADN pues todos los pueblos del mundo lo han sido en distintos estadios de la vida, la diferencia radica en que algunos lo han superado, otros como los pueblos latinoamericanos no han dado con el enfoque político que llegue a transformar la violencia en paz, a lo sumo han conseguido transformar la violencia, casi podríamos hablar de modernización de las distintas formas de violencia.

3. Génesis de la violencia terrorista del siglo XX

A la primera historia de violencia del país durante el periodo de la Nueva Granada le sobrevino otro periodo de sangre partidista, la Guerra de los Mil Días, que también desangró al país por acción nuevamente de los mismos bandos, liberal y conservador. Ésta se zanjó en 1902 con la firma de ambos bandos en el acorazado estadounidense Winsconsin y amenazó en convertirse en una guerra regional, a partir de allí sobrevendría la cesión del entonces departamento de Panamá a los Estados Unidos, quien preocupado por sus intereses en el Canal tomó parte en el asunto.

Sin embargo, y aunque pareciera copiar una y otra vez la realidad del país, ya no era cuestión de gobiernos poder parar la sangría que venía de mediados del siglo XIX, pues la violencia emanaba de una sociedad inconforme a quien los políticos gobernantes en regiones y desde Bogotá no daban lo que aquellos pedían. En 1930 el gobierno liberal de Enrique Olaya Herrera intenta apaciguar los ánimos, su don de mando y personalidad fuerte hicieron pensar que todo ese presente sangriento podía disminuir, sin embargo, la borrachera de poder en las regiones del país más acentuó los fusilamientos de campesinos

que no estuvieran de su lado, dirigentes del partido conservador, en fin, se dio la venganza de liberales contra conservadores. Entonces como hoy, existe una semejanza que horroriza, la familiarización con los hechos, es decir, la sociedad se acostumbró a la noticia criminis en los periódicos.

«Antioquia recuerda con pavor las asonadas policivas: en Támesis se abalea al pueblo un domingo después de obstruir las entradas de la plaza; en Pueblo Rico, «Buñuelo» –un superexaltado- deja rastros de máxima barbarie; en la plaza de Jericó cae gente asesinada con vileza; en Caramanta se registran numerosas víctimas. Es bárbaro el momento: hay asesinatos, casas quemadas, gentes incineradas, exiliados en Venezuela, inculpaciones detonantes, rachas huracanadas, debates en el Congreso. Sin embargo, no se incendia toda la nación» (Guzmán, 2005: 40-41).

Los años treinta en Colombia fueron como un espejo en el que el país se reflejaría, pero más monstruosamente en los años cincuenta, cuando aparecen los grupos subversivos comunistas patrocinados por la URSS. Por entonces, la policía y sus jefes eran escogidos según su filiación ideológica y dependiendo de quién gobernara el país así sería su actuación en los destinos de Colombia; nadie contaba muertos, nadie protegía huérfanos y nadie propendía por disminuir aquella entelequia en que se había convertido la violencia en el país.

Eso que en Colombia se ha dado por llamar violencia, no fue otra cosa que terrorismo de Estado en sus inicios, el galopar incesantemente sobre la violencia para apoderarse del poder unos y otros, convertidos en partidos políticos no da para otra descripción que no sea la referida, aunque en el país no se le ha reconocido como tal, si los que gobiernan en nombre del Estado son los represores, incitadores y concentradores de la venganza es imposible denominarlo con otro nombre que no sea terrorismo de Estado, así fue en Francia, no se entiende por qué no en Colombia. Aquí cada cambio de gobierno correspondió a una violencia de diferente color político, un Estado ingobernable desde el centro del poder y con una anarquía concentrada en las regiones del país.

Sucedió que incluso dentro del mismo partido liberal y conservador había divisiones –tal como hoy– unos eran denominados pacifistas y otros guerreristas, estaban los que deseaban frenar la violencia, pero el poder que ostentaban dentro del partido no les era lo suficientemente fuerte como para «ordenar» que hubiera paz hacia adentro y hacia afuera; también estaban los que desde lejanas, pero poderosas urbes ideológicas de poder, preferían conseguirlo a través de la fuerza, porque lo que dominaba sobre el deseo de organizar la República para convivir de manera pacífica era la venganza, incluso por conseguir el poder. El castigo al contradictor reinó por años en Colombia, hasta que otro hecho de violencia exasperó de una forma ya definitiva los ánimos de la sociedad, dando lugar al surgimiento de grupos subversivos que transformarían su violencia en terrorismo, ya no de Estado. El asesinato de Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948 hasta lo que conocemos hoy como terrorismo.

En ese momento específico de la historia de Colombia los días transcurrían entre la anarquía reinante, los conflictos político-sociales del momento no hacían presagiar una estabilidad en la República, no hubo un liderazgo que contuviera la exacerbación generalizada en el país, las regiones eran el punto de origen de las turbas y Bogotá era el objetivo a desestabilizar, toda que se entendía que allí estaba el poder a derrotar. El federalismo resultó para el país la menos conveniente de las ideas, pues el propio país corrió el riesgo de romperse. Las ideas de Gaitán recorrían las regiones y el centro del país, su voz fue escuchada por el pueblo llano e incluso por el gobierno de entonces, sin embargo, ocurrió lo menos esperado, el asesinato de Gaitán; que vino a desestabilizar todo el país y poner de presente la cruda realidad, Colombia un país ingobernable.

La violencia en Colombia como podemos observar data del siglo XIX, es decir, que nunca a partir de la independencia del país ha habido una total reorganización del Estado en sentido estricto. Esto no es igual a los problemas que enfrentan el mundo hoy, y que también producen conflictos a nivel interno de los estados, pero que sin embargo terminan tomando una connotación transnacional en un mundo hoy globalizado, donde incluso la violencia se ha globalizado confundiendo con los conflictos:

«Los conflictos actuales encierran toda la gama de causas por las cuales se producen enfrentamientos: políticas, económicas, religiosas, hegemónicas. Étnicas y tribales. Algunos de esos conflictos tienen justificación, otra explicación, y unos más, ni justificación ni explicación, pero de todas maneras son motivo de preocupación para la comunidad internacional y origen de tensión y angustias en las regiones donde se desarrollan; a esta última clasificación se ajusta muy bien el conflicto interno colombiano» (Cuerpo de Generales y Almirantes en retiro de las Fuerzas Militares, 2002: 29).

Como puede observarse en la cita anterior, militares en retiro analizan el «conflicto interno» colombiano, sin embargo, lo hacen a partir de la década del dos mil, no obstante, no es este el primer análisis sobre violencia en Colombia que este cuerpo de seguridad hace. Sin embargo, corresponde recalcar que a pesar de que los militares en Colombia han sido parte activa de la violencia por acción u omisión desde la independencia, estos se centran en este tema casi exclusivamente desde el nacimiento de grupos que en inicio fueron rebeldes y que degeneraron el grupo terrorista, esto es solo a partir de la primera mitad del siglo XX.

Pero si nos retrotraemos a la violencia del siglo XIX que fue exclusivamente entre civiles de los dos «bandos» de la política del país, encontramos enconados enfrentamientos a nivel regional que son los que dan origen a la violencia en Colombia, centralistas (conservadores) y federalistas (liberales). La construcción del Estado nunca ha sido completada en Colombia, pues no es lo mismo tener instituciones que forman el Estado a tener un Estado donde funcionen las instituciones, entre ellas los partidos políticos, ese es el caso en el país.

Tabla 1. El año aciago de 1948

Fecha	Lugar	Hechos
Enero 3	Cali	Motines y saqueos
Enero 6	Bogotá	Rumores de huelga en petróleos, con fuertes indicios de paralización de la industria.
Enero 16	Norte de Santander	Civiles armados atacan una patrulla del ejército.
Febrero 4	Bogotá	Paro de trabajadores municipales.
Febrero 11	Río Magdalena	Conflicto laboral
Febrero 14	Barrancabermeja	Atentado dinamitero contra el gerente de la Tropical Oil Company; manos criminales destrazan la red telegráfica y averían el oleoducto Cantimplora; sabotaje en las líneas férreas y en los grandes tanques de gasolina con amenaza de incendios de proporciones inimaginables.
Marzo 3	Bogotá	Las brigadas de choque atacan en Bogotá al canciller de la República, doctor Domingo Esguerra, notable diplomático liberal; los estudiantes asaltan el Ministerio de Educación y arrojan a la calle diversos enseres.
Marzo 28	Bogotá	Se registran motines callejeros en la capital, el embajador del Ecuador, Viterio Lafonte es atacado, y estalla una bomba en el Ministerio de Gobierno.
Marzo 29	Bogotá	Llega el general George C. Marshall, al frente de la delegación de los Estados Unidos de América a la IX Conferencia Panamericana, que se inicia el 30 del mismo mes. Ya en el mes de abril la Policía de seguridad apresaa a un exaltado mientras coloca una bomba en el salón de sesiones de la Conferencia.
Abril 9	Bogotá	Cae asesinado el doctor Jorge Eliecer Gaitán. Días antes había soportado numerosas presiones para que colaborara en el sabotaje a la Conferencia. «Todos, dijo, los rechacé rotundamente; yo no soy capaz de contribuir al descrédito de mi patria, ni tampoco quiero obstruir la tarea en que están empeñados todos los países del hemisferio»

Fuente: Guzmán , 2005. Elaboración propia.

Hubo en Colombia lo que podemos denominar una *ola de violencia sectaria* que tuvo periodos sucesivos, donde más allá de cambiar de protagonistas estos se hacían fuertes o débiles por periodos determinados, lo imperante es que la violencia desde la independencia del país hasta los días de hoy ha marcado cada etapa de la historia de la República. Desde los inicios de la independencia; centralistas y federalistas entraron en una sinrazón alrededor del poder que prima hasta hoy, con uno que otro partido político de distinto nombre, pero de las mismas ideas, Colombia careció de ideas profundas que unificaran la República en la segunda mitad del siglo XX.

En las regiones predominó el sectarismo, los bandos se distribuían de acuerdo a las ideologías, como en el resto del país, los Llanos Orientales colombianos fueron particularmente una región donde tarde llegó la gobernabilidad incluso, solo a finales del siglo XX pasó de denominarse Territorios Nacionales a ser reconocido cada una de sus regiones

como Departamentos como el resto del país ya lo era. Esto traía consigo ventajas desde el Estado Central para los nuevos departamentos, que no logró por cierto deshacerse de la violencia, ni entonces ni ahora (Guzmán, 2005).

4. ¿Por qué no se cayó mi gobierno?

El municipio de Dolores-Tolima es un municipio del que se puede afirmar no ha tenido un día de paz desde que la violencia comunista inició en Colombia. Particularmente el departamento del Tolima ya venía de la violencia sectaria política del siglo XIX y hasta la primera mitad del siglo XX no había logrado deshacerse cívicamente del historial de violencia que le aquejaba. A finales de siglo Colombia inicia el que –hasta ese momento– el más ambicioso proceso de paz con Andrés Pastrana a la cabeza. Paradójicamente fue un periodo de diálogos que profundizó la violencia comunista que entonces se fortaleció hasta mutar en terrorista, particularmente el grupo –hasta entonces subversivo– Farc dio el gran salto al terrorismo.

Cuando los diálogos de paz del presidente Pastrana con su eslogan «El cambio es ahora o nunca» coinciden con el proceso electoral municipal en el país, el Dolores-Tolima se erige como alcaldesa Mercedes Ibarra Vargas, quien –no sin carácter– se vio enfrentada al momento de asumir el cargo con una ola de violencia más parecida al siglo XIX que a un momento donde se buscaba la paz. Sin embargo, el «cambio» consistió –más bien– en profundizar la violencia desde el momento mismo es que estos se iniciaron, al respecto afirma la alcaldesa Mercedes Ibarra de Dolores-Tolima:

«Debemos recordar que desde el 7 de agosto de 1998, fecha en la cual el doctor Andrés Pastrana toma posesión de su cargo como presidente de los colombianos, en su discurso manifiesta su buena voluntad de llevar a cabo el proceso de paz con la guerrilla y la respuesta como presión al gobierno del Cambio es Ahora o Nunca, fue arremeter en una forma despiadada contra los municipios, trayendo con ello muertes selectivas, masacres, ruina, miseria a los pueblos, la amenaza al campo donde los campesinos tuvieron que abandonar sus tierras y engrosar las pilas de los desplazados a las capitales del país [...] El 19 de noviembre de 1999, al atardecer la columna del Frente 25 de las Farc, Armando Ríos al mando del comandante TITO BERTIL, Gonzalo y con el apoyo de la columna Teofilo Forero, le dan el más duro golpe a los cinco municipios aledaños a la zona de despeje (Villarica, Prado, Dolores, Colombia Huila y Aranda-Alpujarra), asesinan los policías de Prado, a los de Dolores les perdonan la vida gracias a la intervención de los ciudadanos en cabeza de la doctora LUCERO ORTIZ, en los otros municipios no tengo conocimiento qué pasó con los uniformados» (Ibarra, 2009: 13).

La alcaldesa relata en su libro la odisea que tuvo que vivir antes, durante y después de su elección como burgomaestre de su municipio, su vivencia en la política colombiana no es distinta a la de la mayoría de los políticos –de todos los estratos sociales– que en el

mejor de los casos fueron secuestrados y liberados por grupos insurgentes y en el peor de ellos vieron cegada su vida, ejemplos los hay innumerables, en un país gobernado paralelamente por fuerzas violentas las listas de víctimas son interminables, el país aún no cierra esas listas. Indudablemente la violencia en Colombia inicio con la política y por el poder, continuó por la misma senda mientras cambiaban los siglos y se sigue en ella, a través de una modernización de las Fuerzas de Seguridad del Estado y de la mutación de la violencia política al terrorismo con base en el narcotráfico, como una de las explicaciones de las formas de violencia en Colombia, sin olvidar los intereses económicos que existen en la sociedad colombiana (Ríos, 2016a y 2016b).

Dolores-Tolima es la muestra de la Geografía de la violencia en el país, pues lo que allí ocurría se replicaba por todo el territorio nacional, en algunos lugares con más o menos muertos, pero la naturaleza de la violencia política, siguió siendo la misma. El nacimiento de grupos insurgentes marxista-leninistas vino a desplazar la violencia entre liberales y conservadores, pero no vino a cambiar el objeto de la misma, el poder.

«En un pueblo gobernado ciento por ciento por la guerrilla, en época electoral se corren muchos comentarios desagradables de pánico porque ellos, con su psicología barata de terrorismo pretenden atemorizar a los votantes como a los candidatos con sus órdenes donde nos advertían que el alcalde era simplemente una figura y que las condiciones las establecían ellos, es así que faltando 15 días para las elecciones se corrió el comentario de que el primer candidato que suscribiera la candidatura a la alcaldía sería asesinado, ante esta versión busqué contactos con el grupo guerrillero y tuve que viajar a las montañas de Dolores para verificar el supuesto comentario, el primer viaje lo perdí, el segundo también y al tercero me atendió un subcomandante quien después de escucharme me manifestó que cualquier decisión que sus jefes tomaran la hacían por escrito y en reunión personalizada que la respuesta de los comandantes era que no estaban recibiendo políticos para no adquirir compromiso, a lo que respondí que mi preocupación era que se me iban a matar por suscribir la candidatura, que mejor me retiraba de la contienda porque en ese momento yo pensaba que valía más mi vida que el pueblo» (Ibarra, 2009: 15).

Esta ha sido la realidad del país desde que la violencia pasó con el Frente Nacional de manos sectarias de la política al lado insurgente marxista-leninista. Es algo que podríamos definir como el cambio de manos de la violencia política en Colombia, que al final termina convertida en terrorismo. Sin embargo, hay que decir que los partidos políticos en el siglo XIX y mitad del XX cuando fue necesario se congraciaron entre sí para aumentar o disminuir los niveles de violencia o en determinado caso para recuperar el poder que por separado les era imposible. Al final fueron capaces de transar en 1958 y hasta 1974.

La alcaldesa Ibarra una vez elegida tuvo que exiliarse de su propio municipio estando en funciones, esto mismo ocurría con más del cincuenta por ciento de los alcaldes de los 1123 municipios del país. La dinámica consistió en que los alcaldes de municipios pequeños y medianos se exiliaban en las cabeceras departamentales y los gobernadores de los departamentos se exiliaban en la capital de la república, cada uno desde su exilio

«gobernaba» el lugar que lo había elegido. Este relevo de la violencia liberal-conservadora a manos de las guerrillas comunistas resultó algo más violento, pues estos últimos no reconocían ni el Estado ni los convenios internacionales en materia de Derechos Humanos que ya eran vigentes cuando estos nacieron, pero que no cobijaron la violencia partidista por obvias razones.

El gobierno de la alcaldesa Ibarra en Dolores-Tolima no cayó por dos razones específicas, la primera por sus convicciones que se mantuvieron firmes en el sentido de requerir del Estado la presencia del Ejército en su municipio para garantizar la seguridad de sus ciudadanos y como segunda medida porque el cambio de gobierno en 2002 le entregó a Ibarra lo que siempre solicitó del Estado, la presencia de la Fuerza Pública.

5. Génesis del terrorismo marxista leninista

En párrafos anteriores se refiere que la violencia de los grupos que a mediados del siglo XX nacieron como «rebeldes» frente al Estado colombiano y cuya fuente de inspiración fue la Unión Soviética y que pasó de la insurgencia marxista-leninista a terrorista poderoso considerado el principal Cartel de la cocaína por la ONU desde 2011 hasta hoy. Paradójicamente el salto al terrorismo ocurrió durante un proceso de paz; la amplitud de tiempo y espacio (geográfico) brindado a las FARC por el presidente Andrés Pastrana—en la zona del Caguan-Meta cambió la ecuación de la violencia en Colombia a unos niveles no vistos anteriormente, un grupo que pasó de la insurgencia que usaba el secuestro para subsistir ahora cultivaba cientos de miles de hectáreas de hoja de coca y las transformaba en cocaína para exportar, una modernización de su material bélico y el aumento de personal en sus filas nunca antes registrados en las estadísticas oficiales.

El reforzamiento económico y bélico de la guerrilla de las Farc durante el proceso de paz del presidente Pastrana fue de amplio conocimiento de la sociedad colombiana, pues qué; las imágenes reproducidas de sus actos de «tomas» de municipios dejaba claro su ascenso militar, sin embargo es con el fin del proceso de paz de entonces que el propio presidente de la república logra que la comunidad internacional reconozca a las FARC como terroristas (Torres, 2011), todo con base en el accionar del grupo durante los más de tres años que duro el proceso.

«El 20 de febrero de 2002 llegó la hora señalada. Mientras comenzaba una reunión en la Casa de Nariño para evaluar los últimos encuentros en la mesa de negociación con las Farc, el comandante de la Fuerza Aérea, general Héctor Fabio Velasco, llamó a palacio para informar que acababa de ser secuestrado un avión de pasajeros de la compañía Aires que había despegado de Neiva-Huila. Minutos después se supo que los secuestradores de la aeronave HK3591 obligaron a la tripulación a aterrizar en la carretera Neiva-Hobo, para después llevarse cautivo al presidente de la Comisión de Paz del Senado, Jorge Eduardo Gechem Turbay. El presidente Andrés Pastrana convocó de inmediato a los generales de las Fuerzas Militares a la Casa de Nariño, se ordenó a los negociadores que estaban en el

Cagan regresar pronto a Bogotá y en la noche fue anunciado el fin del proceso de paz» (Cardona, 2013: 41).

Este es pues, el ingreso oficial en materia internacional de las Farc a la nada prestigiosa lista de grupos terroristas del mundo, esto no cambiaba dentro del país nada respecto de este grupo, sin embargo, sí lo hacía a nivel internacional sobre todo respecto de Europa, donde los jefes del grupo acostumbraban a viajar y presentarse como «oprimidos» por el Estado. No fue en 2002 donde las Farc empezaron su camino interno al terrorismo, esto data de varias décadas en el pensar de los colombianos, a partir de allí lo que se exaltó fue la dimensión violenta del grupo que fue tan acelerada en tan corto tiempo que desbordó todo pensamiento anterior que se tuviera sobre las Farc y su supuesta búsqueda de un cambio político en el país.

«Si una organización que nació para un propósito lo cambia sobre la marcha, es claro que en el medio en el que se desenvuelve hay que considerarla con base a su nuevo propósito, a su nuevo producto. Un ejemplo: Si se organiza una sociedad para montar una discoteca y al poco tiempo esa sociedad se da cuenta de que en ese sitio es más rentable un restaurante, y la infraestructura y esfuerzos se destinan entonces a este segundo propósito, se debe entender que ya el negocio no es una discoteca sino un restaurante. Guardadas las proporciones, es lo que ha pasado con la subversión» (Cuerpo de Generales y Almirantes en retiro de las Fuerzas Militares, 2002: 45).

Sin embargo, el término de terrorismo en Colombia no era nada nuevo, por lo que insisto, al final del siglo XX e inicios del XXI lo que se hace es erigir a terrorismo internacional la violencia política marxista-leninista. En los hechos ocurridos en el Palacio de Justicia en 1985 ya se hablaba del término dentro de las Fuerzas Militares del país. Y por los altos mandos fue denominada así la acción que llevó a cabo el grupo M-19 al asesinar a los magistrados y otros ciudadanos que en el momento de la toma allí se encontraban:

«Y advierto que esta definición no proviene de la doctrina de la Seguridad Nacional. La encontré, más o menos, aproximada a algunas de las que Lenin tanto criticaba [...] ¿Qué busca entonces el terrorismo, señores? Busca crear un estado de debilidad psicológica y es por eso que los terroristas a lo que más le temen no es a los cañones de que aquí nos habla un Honorable Representante, no es a nuestras no muy modernas armas. A lo que más le teme el terrorismo es al silencio, al silencio de no salir en los medios de información en primera página y ser transportado a través de determinados escritores, como un mito del famoso Robín Hood; al silencio que les produciría una radio, o una televisión u otros medios de comunicación que no mitificaran al terrorista» (Vega, 1986: 31).

Los antecedentes del terrorismo en Colombia se remontan a los inicios de la violencia sectaria, sin embargo, los inicios del terrorismo más allá de un reconocimiento internacional se remontan al nacimiento de los grupos marxista-leninistas, pasando por el Holo-

causto del Palacio de Justicia en los ochenta del siglo XX según se entiende de las palabras del general Miguel Vega Uribe al entonces presidente Belisario Betancur Cuartas por los hechos de Palacio en 1985.

Algo hay claro en el país y es que el nacimiento de los grupos subversivos de corte comunista trajo en sus inicios diversas formas ilegales e inhumanas de sostenerse económicamente, uno de los más crueles fue el secuestro de personas, también es claro que este delito fue empleado desde el nacimiento mismo del grupo, posteriormente se recrudece cuando hubo la necesidad de mantener las crecientes filas guerrilleras. Ya con más de una década de vida las primeras guerrillas hacían uso efectivo del secuestro, no eran denominadas entonces secuestradores, aun la prensa nacional les tildaba con el remoquete de «bandoleros» como se les conoció desde 1946 cuando iniciaron. Era por entonces normal encontrar noticias como esta:

«En un sorpresivo y fulminante golpe a los secuestradores las autoridades dieron de baja ayer a seis antisociales y dieron de baja a seis más, casi simultáneamente en Tuluá, Valle y Puerto Berrio, Antioquia. En Tuluá, los secuestradores fueron eliminados segundos después de secuestrar al ganadero Alfredo Valencia; en Puerto Berrio la policía dio muerte al bandolero «Capitán» y a un hermano suyo, autores del secuestro de don Pedro Bernal, ocurrido hace algunos meses. En Tuluá fueron detenidas además seis personas presumiblemente cómplices de los secuestradores. En manos de los bandoleros muertos fue hallada una larga «lista negra» de destacadas personalidades del Valle que estaban en turno para ser secuestradas. La fulminante acción de las autoridades, en una labor combinada de ejército, policía y detectivismo, arrojó ayer los primeros resultados positivos» (Tiempo, 1965: 1).

Año tras año se sucedían los secuestros en el país, y los distintos gobiernos les daban a los perpetradores el tratamiento de bandidos, no tuvo Colombia una política estable, es decir, no hubo entonces una apolítica de Estado que combatiera el delito y menos aún una iniciativa para desactivar estos grupos y generar paz social a la ciudadanía.

En 1980 se dio el que se pudiera considerar como el mayor asalto terrorista hasta entonces, la Toma de la Embajada Dominicana el 27 de febrero de 1980, a partir de allí se sucedieron los grandes golpes del terrorismo endógeno colombiano, el robo de las armas del Cantón Norte, la Toma del Palacio de Justicia y a partir de allí el ascenso de unos y la entrada a la civilidad de otros.

«En Colombia se pasó de un inicio de guerra de guerrillas en un principio a la mutación a grupos terroristas, pasando por una diversidad de formas de lucha para el autoabastecimiento del aparato humano-bélico –secuestro, extorsión, narcotráfico, etc.- de las que empezaron como guerrillas marxistas-leninistas y mutaron al terrorismo. Con todo, después de cincuenta años de lucha interna Colombia aún no concreta si lo que hay en su territorio es conflicto o terrorismo. Sin embargo, es claro que en Colombia sí hubo guerrillas, estas mismas llegaron a acuerdos con los gobiernos de turno y se desmovilizaron casi todas en los años ochenta, no así los últimos dos grupos que aún sobreviven; las Fuer-

zas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN). Estos dos últimos grupos han conseguido prolongar el conflicto en el tiempo. La causa de esa prolongación es en todo sentido la que nos lleva a analizar que en Colombia gracias a la mutación de guerrillas a grupos terroristas en las últimas décadas existe una actividad terrorista en marcha» (Rodríguez, 2015: 199-221).

Los grupos que nacieron como insurgentes en Colombia bajo el auspicio del comunismo sufrieron lo que podríamos llamar un cambio de paradigma, al dejar atrás la rebeldía y engrosar las filas de los carteles de narcotráfico en Colombia, específicamente las Farc mutaron hacia ese sentido, hoy un cartel de drogas importante dentro de la red global que inunda el mundo de cocaína, en igual condición que Al Qaeda que usa el opio como medio de financiación según Naciones Unidas.

La violencia que mutó a terrorismo en Colombia y que desarrolló un fenómeno violento endógeno no ha dejado de atacar el territorio en zonas estratégicas del país, que históricamente los grupos subversivos han identificado como «suyas» esto se configura con la finalidad de resguardarse la influencia en esos territorios.

«[...] Al respecto, los departamentos fronterizos se han convertido en un caldo de cultivo óptimo para la violencia. En 2009 y 2010 ésta se ha intensificado notablemente en ocho de los doce departamentos fronterizos que tiene Colombia hasta el punto de que los cinco departamentos que mayor nivel de violencia presentan hoy en día son, precisamente, Nariño y Putumayo (frontera con Ecuador), Norte de Santander y Arauca (frontera con Venezuela) y Chocó (frontera con Panamá)» (Ríos, 2013: 1-26).

Es claro que la violencia surgida en la Guerra Fría por grupos subversivos de corte comunistas es un fenómeno endógeno, que si bien se expandió por el subcontinente en razón de lo que aquel sistema político significó, la particularidad del caso colombiano radica en que este –como no sucedió en otros países– mutó a terrorismo:

«[...] corresponde a los objetivos de cada uno, es decir, al plan que se persigue con los actos terroristas. Por ejemplo, el terrorismo cuyo propósito es producir la modificación política de un país, como puede ser la del gobierno, del sistema y con ello el cambio de vida de la sociedad, generalmente persigue más de un objetivo dentro del ámbito político, lo cual hace que sus demandas sean tan complejas como poco realizables. Concerniente a las Farc en Colombia, este grupo terrorista autodenominado marxista-leninista, busca cambiar el sistema de gobierno en el país, pretendiendo que se implante un modelo más bien parecido a Cuba» (Rodríguez, 2012: 72-95).

6. ¿Falló el presidencialismo?

Es una constante en la historia del país escuchar y leer libros y artículos escritos en el siglo XX y XXI donde se argumenta que la violencia sectaria y luego su mutación al te-

rorismo por parte de los grupos guerrilleros hace parte de una mala implementación del presidencialismo en el país. Sin embargo y desde otras latitudes estudiosas del tema se han pronunciado en diferente sentido y sin pasiones. El alemán Dieter Nohlen por ejemplo afirma que «se ha negado que el presidencialismo hubiera tenido tanta importancia en el surgimiento de regímenes autoritarios». Y, aunque este se refiere particularmente a los regímenes autoritarios en los 60, 70 y 80, en Colombia se debate constantemente el surgimiento de grupos guerrilleros achacando la culpa a este sistema de gobierno.

«Empero, el presidencialismo ha tenido una extensión que va mucho más allá de los Estados Unidos. En América Latina, el presidencialismo es tradicionalmente el tipo de sistema político preferido. En otras áreas, el presidencialismo no se ha podido difundir tanto como el sistema parlamentario, por ejemplo, en Europa del Este durante la transición a la democracia. En el transcurso de la redemocratización de los sistemas políticos de América Latina en los años 1980, se volvieron a reactivar en todos lados sistemas presidenciales, aunque en algunos países se han mostrado debilidades funcionales del presidencialismo en la época pre autoritaria, y se han discutido vivamente alternativas de reforma. Se ha sostenido incluso que el derrumbe de las democracias en los años 1960 y 70 tuvo su principal causa en el presidencialismo» (Nohlen, 2012: 6-23).

En general, en América Latina políticos, críticos, ensayistas, intelectuales arguyen el presidencialismo los males del subcontinente. En Colombia particularmente desde la independencia existe la convicción entre algunos políticos, parte de la sociedad y en los grupos guerrilleros mismos que el presidencialismo no ha sido capaz de hacer la tan anhelada –por ellos- reforma agraria y que esto particularmente es la causa del nacimiento de grupos guerrilleros. No estamos de acuerdo con este planteamiento, toda vez que, si bien la independencia del país no fue adoptada por los líderes de entonces de forma que de debió, sin duda otros países lo hicieron mejor. Estados Unidos, por ejemplo, donde el presidencialismo ha sido siempre el modelo y que ha sido «el faro» donde el presidencialismo universal se ha mirado, aunque sin lograr su singularidad.

En Colombia el presidencialismo no ha sufrido grandes interrupciones, como si en los países del entorno, países con dictaduras largas o con varias dictaduras, pero cortas en sus periodos, sin embargo, en el país si bien no hubo periodos de dictadura o autoritarismo aquí si hubo algo que en la mayoría de los países de la región no, el nacimiento y desarrollo de grupos guerrilleros que tuvieron como base el comunismo. Incluso los que surgieron en países como Argentina, Uruguay, Venezuela, Nicaragua, El Salvador, entre otros fueron en su mayoría apisonados por dictaduras subsiguientes, en Colombia, no se les exterminó, pero tampoco se les convenció de que la civilidad era el camino, el abandono de la violencia y el diálogo hubieran ahorrado al país pérdidas enormes en vidas humanas y en materia económica, aun hoy el terrorismo político basado otrora en el comunismo, hoy en el narcotráfico está presente en la vida política y violenta del país.

El sistema político colombiano no ha tenido desde la independencia del país un completo poder sobre la totalidad del territorio nacional, esa falencia se ha visto refleja en distintas formas de violencia y su mutación al terrorismo, dado que las condiciones endó-

genas nunca han estado dadas para conseguir tal objetivo; como lo hemos señalado en este artículo. Es posible, claramente hablar de unas regiones del país donde ha prevalecido el orden estatal, sin embargo, no es posible que este haya echado raíces en todo el territorio del Estado, a pesar de que la Fuerza Pública, una vez unifica en todo el territorio ha tenido grandes avances en modernización, no se puede hablar aún de un dominio total del territorio nacional.

«Las nuevas amenazas están circunscritas en dimensiones de análisis que se escapan a la manera tradicional de enfrentar los asuntos existenciales en el Estado. Los operadores de seguridad convencionales están configurados de manera regular a la hora de combatir los fenómenos que atenten contra la salvaguarda de la seguridad nacional, sin embargo, en el caso colombiano, el Estado ha formulado nuevas dimensiones en materia doctrinal en la lucha contrainsurgente y contraterrorista. La amenaza colombiana es de naturaleza interna y las fuerzas oficiales han preparado los planes de guerra y estratégicos en aras de combatir contra ese flagelo» (Niño, 2016: 113-124).

El caso colombiano, es entonces un fenómeno que ha reflejado a través del tiempo fallas en su estructura social (política, económica y cultural) y en las últimas décadas, de seguridad. El sistema político no consiguió en fin social de proteger a sus ciudadanos, por lo que la violencia paso de ser política (Estructural) donde el Estado y los grupos que en principio fueron guerrilleros pasaron a ser terroristas y entre ciudadanos que no vieron nunca que el Estado los protegiera, mucho menos que los incluyera en el sistema político estatal, contrario a los estados constituidos desde los inicios de su independencia.

7. A modo de conclusión

En primer lugar, la violencia sectaria fue el inicio del terrorismo en Colombia. La imposibilidad de organizar el país desde su independencia fue causa principal del surgimiento de la violencia entre los partidos políticos, quienes surgieron al liberar el país, centralistas y federalistas fueron incapaces de concretar un sistema político y de gobierno con base en garantías constitucionales. Esta violencia sectaria fue la génesis de toda una historia de sangre que Colombia dos siglos después no acaba de superar; nada aparte de esto hay en la historia del país que haga pensar que no es así.

En segundo lugar, los Centralistas y Federalistas convertidos ya en Liberales y Conservadores pasan al siglo XX sin poder unificar el país en cuanto a la necesidad de abandonar la violencia política y optar por la civilidad, el cumplimiento de la ley y el respeto a las instituciones. Solo hasta 1958, cuando se inició el Frente Nacional, fueron capaces de abandonar la violencia y a través del reparto pacífico del poder consiguieron bajar las armas de sus propios copartidarios en todo el país. Sin embargo, esto se consiguió para derrocar el gobierno autoritario de Rojas Pinilla, mas no se hace nada aun por contener la violencia que está en ciernes en el país que eran las guerrillas comunistas.

Por último, desde el paradigma de la paz neutra (Jiménez 2014) el presidencialismo ha sido visto desde dentro como el gran obstáculo para el cese sangriento de la sociedad colombiana, sin embargo, contrario a esto hay que decir que tal afirmación no tiene asidero que pueda sostenerla. Es el gobierno de los mismos hijos de quienes en principio gobernaron el país ha sido la falla colombiana en materia de democracia; son pocos los apellidos que podemos encontrar si hacemos una lista de presidentes del país, este si ha sido una de las causas de la violencia del siglo XX y XXI en el país, ha existido y existe una especie de monarquía disfrazada de presidencialismo que no ha sido capaz de extraer la violencia, hoy terrorista de territorio colombiano.

8. Referencias bibliográficas

- Bushnell, David (1994) *Colombia. Una nación a pesar de sí misma*, Bogotá, Planeta.
- Cardona, Jorge (2013) *Diario del conflicto*, Bogota, Debate.
- Cuerpo de Generales y Almirantes en retiro de las Fuerzas Militares (2002) *Esquilando al lobo. La dimensión desconocida del conflicto interno colombiano*, Bogota, Panamericana Fromas e Impresos S.A.
- España, Gonzalo (2003) *Carlos Holguín y el debate de la táctica. La gran polémica interna de los conservadores bajo el régimen de Rionegro*, Bucaramanga, Ediciones Universidad Industrial de Santander.
- Guzmán Campos, Germán; Fals Borda, Orlando y Umaña Luna, Eduardo (2005) *La violencia en Colombia*, Tomo I, Bogotá, Taurus.
- Henderson, James (1984) *Cuando Colombia se desangró. Un estudio de la Violencia en la metrópoli y la provincia*, Bogotá, Áncora Editores.
- Howard, Russell D. and Sawyer, Reid L. (2003) *Terrorism and counterterrorism: understanding the new security environment: readings & interpretations*, Dushkin Pub Group, Paperback.
- Ibarra, V. M., 2009. *Gobernar con tres estados: un rompecabezas obligado*. Primera ed. Bogota: La Oveja Negra.
- Jiménez Bautista, Francisco (2012) Conocer para comprender la violencia: origen, causas y realidad, *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, Vol. 19 (54), enero-abril, pp. 13-52.
- Jiménez Bautista, Francisco (2014) Paz neutra: Una ilustración del concepto, *Revista de Paz y Conflictos*, nº 7, Universidad de Granada, pp. 19-52.
- Jiménez Bautista, Francisco y González Joves, Álvaro (2012) La negación del conflicto colombiano. Un obstáculo para la paz, *Espacios Públicos*, nº 33, abril-junio, Toluca, pp. 9-34.
- Jiménez Bautista, Francisco y González Joves, Álvaro (2013) *Colombia. Un mosaico de conflictos y violencias para transformar*, Madrid, Dykinson.
- Niño González, Cesar (2016) El narcotráfico mutante: nueva perspectiva de análisis del fenómeno en Colombia. *Revista Científica General José María Córdova*,

- Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario, Vol. 14 (18), julio-diciembre pp. 113-124.
- Nohlen, Dieter (2012) El presidencialismo comparado, *Revista Instituto de Altos Estudios Europeos*, nº 1, pp. 6-23.
- Ríos Sierra, Jerónimo (2016a) La periferalización del conflicto colombiano, 2002-2014, *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, Vol. 7 (2) pp. 251-275.
- Ríos Sierra, Jerónimo (2016b) La narcotización del activismo guerrillero de las FARC y el ELN, 1998-2012», *Revista UNISCI*, nº 41, pp. 205-234.
- Ríos Sierra, Jerónimo; Bula Escobar, Germán y Brocate Pirón, Roberto (2013) *Estado, Estado de Derecho y Violencia Armada en Colombia1 (2000-2011)*, *Revista de Paz y Conflictos*, nº 6, pp. 1-26.
- Rodríguez Morales, Tania G. (2012) *Terrorismo y nuevas formas de terrorism*, *Revista Espacios públicos*, Vol. 15 (33), enero-abril, pp. 72-95.
- Rodríguez Morales, Tania G. (2015) *Dosificación de la intensidad de los actos terroristas en países donde el fenómeno es endógeno. El caso colombiano*, *Revista de Paz y Conflictos*, Vol. 8 (1), pp. 199-221.
- Torres Almeida, Jesús C. (1984) Manuel Murillo Toro, caudillo radical y reformador social, Bogotá, Ediciones El Tiempo.
- Torres Vásquez, Henry (2011) *Terrorismo, antiterrorismo y seguridad en Colombia*, Bogotá, Panamericana.
- Vega Uribe, Miguel (1986) *Las Fuerzas Armadas de Colombia y la defensa de las instituciones democráticas*, Bogotá, Ministerio de Defensa Nacional.

Webgrafía

- DRAE (2016) Violencia <http://dle.rae.es/?id=brdBvt6> [Consultado el 8 de diciembre de 2016].
- OMS (2016) *Violencia*, <http://www.who.int/topics/violence/es/> [Consultado el 8 de diciembre de 2016].
- Tiempo (1965) *Golpe a los secuestradores*. *El Tiempo*, 4 febrero, p. 1. En línea: <https://news.google.com/newspapers?nid=N2osnxbUuuUC&dat=19650204&printsec=frontpage&hl=es> [Consultado el 9 de mayo de 2016].

PROCESO EDITORIAL • EDITORIAL PROCEESS INFO

Recibido: 12/09/2016 Aceptado: 23/12/2016

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO • HOW TO CITE THIS PAPER

Rodríguez Morales, Tania Gabriela (2016) Geografía del terrorismo en Colombia: Una visión retrospectiva, *Revista de Paz y Conflictos*, Vol. 9(2), pp. 179-198.

SOBRE LOS AUTORES • ABOUT THE AUTHORS

Tania Gabriela Rodríguez Morales: PhD. Internacional en Estudios Internacionales en paz, conflictos y democracia por la Universidad de Granada, España. Profesora de la Universidad Santo Tomás, Bogotá, Colombia. Coordinadora del Área Jurídica de la Facultad de Gobierno y Relaciones Internacionales; Directora de Publicaciones y Editora de la Revista de Estudiantes Disputatio.